

MANDORLA

NUEVA ESCRITURA DE LAS AMÉRICAS • NEW WRITING FROM THE AMERICAS

Excerpt from / Fragmento de *Mandorla*, Issue 14

REYNALDO JIMÉNEZ

LA ALUCINACIÓN QUE PIENSA

El mundo del poder es un mundo vacío de sentido, fuera de la realidad. La poesía es una mística de la realidad. El poeta busca en la palabra no un modo de expresarse sino un modo de participar en la realidad misma. Recurre a la palabra, pero busca en ella su valor originario, la magia del momento de la creación del verbo, momento en que no era un signo, sino parte de la realidad misma. El poeta mediante el verbo no expresa la realidad, sino que participa de ella.

Aldo Pellegrini

Y aún más, en cierto modo, la estancia propia de Latinoamérica, en tanto su escritura no ha sido pensada, ni comprendida, esta América no existe todavía y perfectamente podría no existir jamás. Al contrario, los “etc.” y los “indios espirituales”, existen, de una manera visible y evidente.

Patricio Marchant

Y en el interior del poeta existe un corresponderse que, cuando su poema es real no se quiebra contra la vida.

MAB

Hablar de Miguel Ángel Bustos es, en contexto, referirse a un poeta y un militante desaparecido, desde el 30 de mayo de 1976, a manos de la dictadura militar argentina, tanto como, a partir de entonces, es referirse a una obra poética

secuestrada de la consideración pública a lo largo de la dictadura civil-policíada y económica de la misma nacionalidad, que perdura, sin visos de alteración, hasta este año de 2008: treinta y dos después de la desaparición física de Bustos, a la que siguió la otra violencia, nada simbólica por cierto, del supuesto no-registro de esta obra única. A diferencia de otros autores desaparecidos (Urondo, Walsh) durante el mismo período —salvo Tilo Wenner, todavía objetado en términos de obra poética— y porque, dada su perturbadora luz, no puede de ninguna manera ser “recuperada” a fines externos, meramente conmemorativos, la presencia de Bustos ha permanecido durante al menos tres décadas escamoteada de todo panorama real de lectura.

Como ha sucedido otras veces, sin embargo, incluso en casos en que hubo que esperar hasta siglos para que una obra fuese reunida o simplemente publicada, esta obra ha continuado encendida en su ansiedad y su misterio en las formas de difusión en verdad habituales con que suele irrigar la poesía. El fervor y el *secreto claro* (Murena) en tal sentido acompañaron a la poesía de Bustos, oculta sólo a quienes por uno u otro motivo estaban o están esperándola: lo sabrán recién cuando puedan leerla, recorrerla, convivir con ella, en ella sobresaltarse o reír, incluso, para ella: su ingrediente revulsivo de humor negro, su desapego del timorato prejuicio o temor a “no ser entendido”. Hablar de Bustos, por lo mismo, es volver sobre esa entrega total del ser que llamamos todavía inspiración. Sabemos que esta palabra designa, en ciertos ambientes cerrados a todo lo que no sea la cultura en su versión dominante, las entronizaciones “actuales” de lesa cultura, un cierto tipo o calidad de atención que de hecho no se transfiere ni necesariamente se aprende en “los libros de poesía”. Y ambos términos, inspiración y sensibilidad, son cosas de las que no se habla sino con cierto desdén, o con condescendencia, cuando no con vergüenza ajena. La superstición llamada Época abona, por ahora, la presunción de la autoría poética en una sola dirección, es decir sin intervención conductora por parte de la materia, verbal en este caso, como si no fuera el lenguaje quien conduce a la inteligencia y a la intuición capaces de encarnarlo reunidas en la inspiración. Como si escribir poesía fuese un área de la producción, como si se pudiese fabricar poesía a partir de algún decreto de existencia en alguna medida demostrable. Ante ello, la poesía de Bustos no ha dejado de acrecentar, durante estos treinta años de silenciamiento, una materialización verbal inspirada; por ello mismo inspiradora.

Hubo en el período aquella fugaz mención de Cortázar y sobre todo la antología con prólogo de Alberto Szpunberg y editada por José Luis Mangieri, que tuvo y tiene el valor de afirmar la contundencia de esta poesía, esta presencia de todos modos poderosa en tanto alcance de una escritura y de una apuesta vital. Pero es recién ahora que se hace justicia poética, cuando esta obra por fin es publicada en su integridad por la editorial Argonauta, no casualmente fundada por Aldo Pellegrini, uno de los interlocutores constantes de Bustos, a través de sus respectivos hijos Mario y Emiliano, que podrá ser por fin apreciada sin más recortes. Se propicia, así, el momento para trazar algunos comentarios respecto a esa condena de acallamiento establecida durante tanto tiempo. Y sabiendo de todos modos que la publicación apenas garantiza el recomenzar constante de la lectura de un poeta: no habría otro modo de leer poesía que releyéndola, conviviendo con ella en el tiempo, probándola a través de la propia diversidad interior.

No nos preguntaremos por la puntual distribución de grados de responsabilidad de éste, como de tanto otro silenciamiento que nos aqueja en tan diversos órdenes de la experiencia. Pero insistiremos, aquí y siempre, en el hecho de que también es autoritaria la sociedad supuestamente democrática que, además de desentenderse de uno o muchos (así está la situación) de sus más auténticos poetas por la cloaca del silenciamiento, subtrae durante el mayor tiempo de retención posible, mediante el artilugio de las mil excusas circunstanciales, el acceso a una bien determinada intensidad, que habita precisamente la palabra, la realidad de la palabra en los tratamientos particulares de esta específica obra.

Digamos también, y no de paso, que los esfuerzos por borrar lo que aquí llamamos verdadera poesía —y no mero uso, con mayor o menor destreza, de un repertorio de recursos formales adquiribles— son la necia gesticulación de un estado de cosas, bloqueando con rigidez de dique mental el flujo de los significados en los signos, la resignificación continua que implica la instancia inspiradora. Como si la sola violencia de existir requiriera además de un subrayado bloqueador que coadyuve a organizar el borramiento, instalar esta costumbre de ensayar el olvido, acallar todo aquello que viniera a desmentir el reducto perceptual, el casillero mental.